

LOS PRIMEROS AÑOS DEL PRÍNCIPE DE VIANA (OCHO CANTOS PARA RECITARLOS EN VOZ ALTA)

Víctor Manuel ARBELOA MURU

umarbeloa@gmail.com

CANTO I

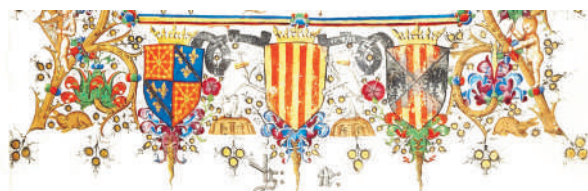
Nació el niño en una estancia
del convento de San Pablo
de la villa de Peñafiel,
ducado de su padre,
el 29 de mayo del año del Señor de 1421.
Carlos sería su nombre,
igual que su abuelo materno,
Carlos III de Navarra, conde de Evreux,
casado con Leonor de Trastámara,
hija de Enrique II de Castilla,
quien con muchos festejos celebró el natalicio en su rico palacio de Olite.
A él volvió, solo un año más tarde,
Blanca, la madre del niño,
dejando a su esposo y sobrino
Juan de Trastámara,
trece años más joven,
nacido en Medina del Campo
-señor de Castrojeriz, infante de Aragón,
duque de Montblanc, duque de Peñafiel,
ex lugarteniente real de Sicilia-,
atrapado en su red
de infinitos intereses castellanos.

Convocó el rey de Navarra,
Carlos el Noble, las Cortes,
que el 11 de junio juraron al niño
por rey y señor natural
tras las muertes futuras del abuelo y la madre.
Con ellos vivió desde entonces
en el bello palacio de Olite,
regalado con el título regio *Príncipe de Viana*
y una espesa herencia de villas,
castillos y aldeas a su solo servicio.

El abuelo murió tres años después.
Y Blanca, proclamada reina,
envió a su esposo
el simbólico pendón real de Navarra
y las *sobrevestas*
con las armas heráldicas del reino.
En la ciudad de Tarazona,
donde Juan pactaba con su hermano Alfonso
-rey de la Corona de Aragón y de Sicilia,
recién desembarcado-
el futuro del *partido aragonés* en Castilla,
hicieron duelo, tres días, por el rey de Navarra, encerrados en sus celdas,
y, tras las honras fúnebres, montaron a caballo.
Juan fue proclamado allí rey por sus tropas
al grito del rey de armas:

*¡Real, real, real,
por el rey don Juan de Navarra
y por la reina, su mujer.*

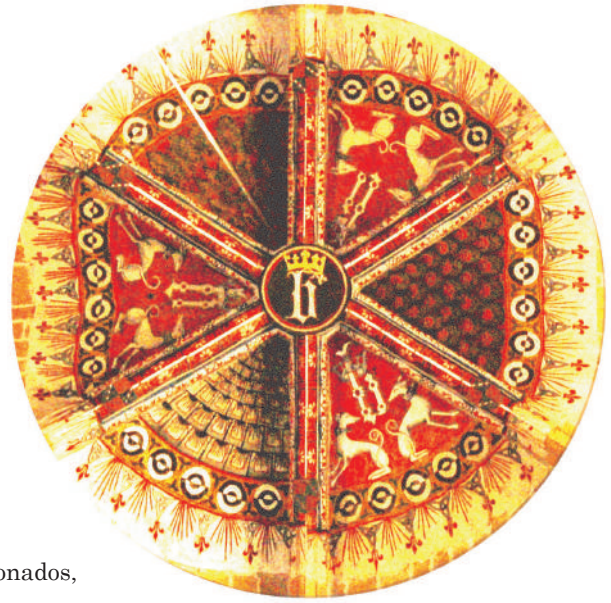
El pacto se firmó en la Torre de Araciél,
frontera navarro-aragonesa.



Carlos de Viana.
Postal ca. 1900

CANTO II

Expulsado Juan, por sus intrigas,
 desaguizados y trapisondas,
 de la corte de Castilla,
 y habiendo sido sus bienes confiscados,
 volvió a Olite, donde Blanca
 y todo el reino le esperaban.
 Era ya la hora
 de la unción y coronamiento de sus reyes.
 Juraron Blanca y Juan
 en la iglesia catedral de Pamplona,
 delante de la cruz y los santos Evangelios,
 defender y mantener los fueros sacrosantos.
 Y juraron después los tres Estados
 guardar y defender a sus señores
 teniendo a doña Blanca por *reina*
señora natural
 y a don Juan como rey por esposo de la reina,
propietaria del reino de Navarra.
 Ungióles el prelado pamplonés. Y con su propias manos coronados,
 teniendo en las manos los cetros del poder,
 subieron a los escudos
 y fueron levantados sobre el pavés del templo,
 al triple grito ¡*Real, Real, Real!* de los presentes,
 que cantaron después el solemne *Te Deum.*



Emblema Armas de Blanca I
 ("b" coronada) con lebreles blancos
 Catedral de Pamplona.
 Fotografía de Javier I. Igal

CANTO III

¿Quién declaró la guerra a quién? Lo cierto es que hubo guerra,
 casi siempre guerra de fronteras,
 entre Juan II de Navarra y Juan II de Castilla,
 su primo carnal,
 un genuino garzón de los Trastámara.
 Hubo invasiones mutuas.
 Laguardia, Gorriti, San Vicente la Sonsierra
 Tudején, Oyón, Cabredo o Genevilla
 fueron cayendo en manos castellanas,
 mientras el rey castellano sitiaba Peñafiel.
 El tesoro del reino de Navarra
 estaba exhausto.
 Se pusieron a la venta
 vasos de plata y oro,
 joyas y piedras preciosas
 -algunas de la Corte-,
 prendas personales, imágenes de santos,
 libros y espadas,
 hasta la plata de las iglesias.
 Blanca de Navarra y María de Aragón,
 la esposa de Alfonso V,
 gobernadoras de sus reinos,
 hostiles a la guerra de maridos y cuñados,
 enviaron embajadas de paz
 a la corte castellana.
 La tregua acordada en Majano,
 un lugar de Soria,
 con Alfonso de Aragón y Sicilia
 como gran componedor,
 detuvo la guerra,
 pero dejó las cosas casi como estaban.



Relieve representando al
 Príncipe de Viana en el antiguo
 Archivo General de Navarra.

CANTO IV

Desde la muerte de Carlos III el Noble
regía el reino con pulso firme
su hija Blanca I de Navarra.
Siete años estuvo casada con Martín el Joven,
rey de Sicilia, hijo del rey de Aragón,
y con plenos poderes gobernó
aquel reino turbulento
tras la muerte del rey,
con peligro, cien veces, de su propia vida.
No era nuevo para ella ni el mando ni cualquier compromiso.
De salud delicada,
vivió largos años la ausencia de Juan
por Castilla, Aragón e Italia,
entregada a sus hijos, Carlos, Blanca y Leonor,
y a sus santas, frecuentes devociones:
Santa Brígida, de Olite;
Nuestra Señora, de Ujué;
Nuestra Señora de Rocamador, de Estella;
la Virgen del Pilar, de Zaragoza,
en gratitud a la cual
fundó la Orden caballeresca
-enseña azul y pilar bordado en oro-de *A ti me arrimo*.

Era Carlos de Aragón y de Navarra,
de Trastámara y Evreux,
el hijo primogénito,
de estatura más que media, cara delgada,
aspecto sereno y grave,
y expresión melancólica.
*Muy bello, muy sabio, muy agudo
y muy claro de entendimiento.
Gran trovador y buen músico,
danzante y cabalgador,*
le vio el capellán de Alfonso V,
semejante a sus padres, tíos y abuelos.
Un tutor, de muy niño, le eligió su madre,
y, al cumplir los diez años, le dio un confesor,
agustino o franciscano.
Tutor de sus estudios fue
Fray Juan de Beaumont,
prior de la Orden de San Juan,
hermano del condestable,
y entre otros preceptores:
el bachiller Alfonso de la Torre,
escritor y humanista castellano,
autor de un libro enciclopédico,
Visión deleitable de la filosofía y artes liberales,
o el poeta y militar catalán Pere Torroella.

Muy joven, tuvo Carlos *casa* aparte
dentro del palacio
y una densa corte palaciega
cuidando de su persona.
Gustaba de la elegancia
en todos los aspectos:
armas nobles, muebles preciosos,
lindos paños de Ypres o de Courtrai
y lenes vestidos de seda.
La corte real de los Evreux-Trastámara en Olite
era hartamente galante, amena y festival.
No faltaba la caza con perros y halcones,
ni un parque zoológico
desde tiempos del abuelo,

con leones, camellos, jirafas, osos y búfalos,
ciervos, jabalíes, cisnes y loritos.
Fiestas y espectáculos,
bailes, recepciones,
justas de caballeros,
eran cosas proverbiales en palacio.
Músicos y trovadores,
coro de niños, juglares, ministriles,
sonadores de órgano, arpa o laúd,
actores de teatro.
trepadores, volteadores, jugadores de pértiga,
magos y bufones, enanos y hasta astrólogos
hacían las delicias de grandes y pequeños.


Pendón del Príncipe de Viana



Vista del Palacio de Olite, Genaro Pérez Villaamil, en *España Artística y Monumental* (1850).

CANTO V

Confirmada la tregua de Majano, tras cinco años de paz,
se firmó también el compromiso
entre el príncipe Enrique, heredero de Castilla
y la infanta Blanca de Navarra,
12 años de edad.
Pocos meses antes, la pequeña Leonor
había sido prometida
al niño Gastón de Foix,
hijo del conde viudo de Juana, la hermana mayor de la reina Blanca.
Las bodas de estas niñas
se celebrarán varios años más tarde.

No había, en cambio,
princesas casaderas para Carlos
ni en Castilla, Francia o Portugal.
Hubo que buscar más lejos: la elegida
fue Inés (Agnes) de Clèves,
un año más joven que el príncipe,
hija tercera de Adolfo de Clèves
y María de Borgoña,
hermana del duque Felipe III el Bueno,
vasallo del rey de Francia.
La boda de Carlos e Inés, celebrada en Olite,
en el año de gracia de 1439,
fue, al decir de los cronistas de la época,
fastuosa y retumbante,
a la manera de la corte borgoñona,
y sorprendió a los invitados
de Castilla y Aragón.
Carlos e Inés no tuvieron hijos
ni parecía en buen hora su coyunda.
A los pocos años de la boda,
el príncipe de Viana prefería
los mimos amorosos de María de Armendáriz,
una dama del servicio de su madre y, después, de su hermana Leonor.

A mi señora e mi amor
-le decía en una de sus cartas-:
La queja de mi deseo atormenta a mi persona,
de la cual no se espera otro remedio...
No fue solo una aventura pasajera:
Ana de Aragón y de Navarra,
-casada, en su día, con Luis de la Cerda,
quinto duque de Medinaceli-
fue su fruto principal.
Quiso Carlos casarse con ella, como indica
un billete amoroso, enviado
en mayo de 1451: *Yo el Príncipe*
do mi buena fe a vos,
dona María de Armendáriz,
que aviendo de vos alguna criatura
o criaturas,
tomaré por mujer mía...
Pero no lo consintieron
hombres fuertes de su corte:
Juan de Beaumont,
Camarero Mayor entonces,
hermano del condestable de Navarra,
o Juan de Cardona, maestre del Hostal.
Y Carlos prefirió casarla
con Francisco de Barbastro,
caballero a su servicio.
Pero fue, además, doña María
siempre una fiel confidente del príncipe,
y en momentos difíciles diligente protectora.

Agnes, la triste Princesa de Viana,
se apagó en el lustroso palacio de Olite,
el 6 de abril del 1448,
con solo 26 años de edad.



El Príncipe de Viana en la Batalla de Aibar.
Tapiz en el Castillo de Cortes.

CANTO VI

Siete años antes,
tras una peregrinación de doña Blanca
al santuario de Guadalupe,
se encontró con su hija mayor
y su esposo el príncipe Enrique,
queriendo poner un poco de paz en Castilla.
Fue el encuentro en el palacio real
dentro del nuevo monasterio
de Nuestra Señora de Soterraña
de Santa María la Real de Nieva,
joya del arte románico-gótico,
financiado, protegido y mimado
por los reyes de Castilla,
en manos de frailes dominicos.
Pero enferma y fatigada, la muerte le impidió
volver al palacio natal de Olite
y reposar su cuerpo, cual tenía prescrito,
en su iglesia querida de Ujué.
Juan nombró a su hijo Carlos
lugarteniente general del reino.
No le gustó al príncipe tal título,
por contrario a su *derecho de sucesión*
y descendencia,
pero aceptó, como *hijo obediente,*
seguir a su padre y señor.
Blanca de Navarra, en su testamento,
de acuerdo con el contrato matrimonial,
declara al primogénito
heredero universal del reino de Navarra y del condado de Nemours.
Pero, a la vez, le pide
que quiera tomar sus títulos
con la benevolencia y bendición del dicho señor rey su padre.
Al tiempo que quiere y ordena que este
sea tutor, curador, regidor y administrador
del príncipe Carlos.
¡Qué consejos tan prudentes y sensatos de una madre y esposa!

CANTO VII

Juan II de Aragón y Navarra seguía en Castilla
Y Carlos ocupaba su lugar en el Reino navarro.
Dos años más tarde, tras el *golpe de Rámaga*
-expulsión del Consejo Real de Castilla
de los partidarios del caudillo Álvaro de Luna,
valido del rey castellano,
máximo enemigo del *partido aragonés-*,
se comprometió don Juan
con Juana Enríquez, su prima,
hija del almirante de Castilla, don Fadrique,
con la que casó cuatro años más tarde.
Otro golpe político.
Era Juana, mujer de 23 años,
hermosa e inteligente,
capaz de toda clase de gobierno
y diplomacia.
Pero estalló de nuevo en Castilla la guerra civil,
y en la batalla de Olmedo
fue derrotado severamente
el bando aragonés.
Se vio obligado Juan a volver a Navarra,
su descanso temporal:
había perdido todas sus posesiones
y muerto su hermano Enrique,
otro señor de la guerra,
recién casado con Beatriz de Pimentel.
Pero no se dio por vencido
y, rotas una vez más las hostilidades,
con ayuda de su hermano el rey Alfonso,
sus tropas salieron de Estella
camino de Castilla.
Tras la acostumbrada tregua,
una liga de nobles castellanos,
con el favor del príncipe Enrique,
buscaba eliminar
al genio maligno de Luna.
Pero el tornadizo príncipe
tornó al bando de su padre
el rey, y la liga,
la *gran liga* en Castilla y Aragón,
quedó hecha añicos.

En sus contadas visitas a Navarra,
Juan hacía mangas y capirotos
con oficios, pagos, prebendas y finanzas
y, lo que más dolía,
regulaba los derechos,
mandatos y donaciones
del príncipe.
Los gastos de las bodas eran muchos,
los gastos de las guerras fronterizas incontables.
Hubo que vender de nuevo todo lo posible
y pedir préstamos a nobles amigos.
El pueblo rehuía los impuestos,
hijo y padre cobraban y pagaban
por su cuenta.

CANTO VIII

Fracasada la liga,
llegó inesperadamente el rey don Juan
a la ciudad de Tudela.
Un año entero estuvo esta vez en Navarra.
Vino acompañado de su hijo
natural de soltería,
don Alonso de Aragón,
y las setenta personas de su séquito.
Era su madre doña Leonor de Escobar,
dama de Leonor de Albuquerque, madre del rey.
Criado en la corte portuguesa,
fue nombrado maestre de Calatrava por el rey Juan II de Castilla,
quien le retiró tan gran merced y recio título,
al unir su suerte
con la suerte belicosa de su padre.
Este le nombró duque de Villahermosa,
Conde de Ribagorza y conde de Cortes.

Volvió don Juan esta vez, más que nunca,
como rey soberano:
desplazó funcionarios, revocó nombramientos,
repartió privilegios y multiplicó prebendas,
sustituyó oficiales y alcaides,
merinos y capitanes.
Apartó de los mandos a los aguerridos bastardos Beaumont,
leales servidores de Carlos,
y confirmó y regaló a sus fieles bastardos
Navarra y Peralta.

Obtuvo, además, de las Cortes del Reino
27. 000 florines para gastos de guerra.
Firmaba, discreto, el lugarteniente
las órdenes y compromisos de su padre.
Era julio del año de gracia de 1450.
Acababa de llegar a Olite
la reina doña Juana,
madrastra del príncipe Carlos.
Iba a llegar también don Juan,
que en Zaragoza
había presidido las Cortes de Aragón
por cobrar el subsidio de 15.000 florines
condicionados, para fines militares.
Carlos pidió también un millar de florines
para salir a su encuentro.

Cuando el rey llegó satisfecho
al palacio de Olite,
su hijo había huido hasta Guipúzcoa
con una fuerte escolta militar,
al amparo del rey de Castilla.

"Batalla de Aibar. Rendición del Príncipe de Viana".
Rafael Pertús - ca. 1601. Museo de Zaragoza.

